

Giraldo Gutiérrez, Francisco Luis
HUMANISMO Y CONSUMO EN LA PERSPECTIVA DE HERBERT MARCUSE
Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad, vol. 6, núm. 11, julio-diciembre, 2014, pp. 105-114
Instituto Tecnológico Metropolitano
Medellín, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=534366861008>



UMANISMO Y CONSUMO EN LA PERSPECTIVA DE HERBERT MARCUSE

Humanism and consumerism in Herbert Marcuse's perspective

Francisco Luis Giraldo Gutiérrez*



*Magíster en Filosofía, Vicerrector de Investigación y Extensión, docente de la Facultad de Artes y Humanidades, INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO, Medellín – Colombia, franciscogiraldo@itm.edu.co

Fecha de recepción: 04 de octubre de 2013
Fecha de aceptación: 22 de abril de 2014

Cómo citar / How to cite

Giraldo, F.L. (2014). Humanismo y consumo en la perspectiva de Herbert Marcuse. TRILOGÍA. Ciencia, Tecnología y Sociedad, 6(11), 105-114.

Resumen: este artículo presenta una reflexión sucinta sobre la condición humana, a la luz del sujeto racional y el consumo y uso de tecnología, teniendo como referente a Herbert Marcuse y tomando como temas centrales algunas de sus obras: *Tecnología, guerra y fascismo*, *Eros y civilización* y *El final de la utopía*. En ellas se podrán identificar aspectos de la condición humana en el siglo XX, abordados a través de la racionalidad tecnológica en una sociedad de consumo.

Palabras clave: sujeto racional, consumo, tecnología, humanismo.

Abstract: this article presents a concise reflection on human condition, in the light of the rational subject and consumption and use of technology, having Herbert Marcuse as a model, and taking as the main topics some of his works –*Technology, War, and Fascism*, *Eros and Civilization*, and *The End of Utopia*–. Through these, it will be possible to identify some aspects of human condition in the 20th century, addressed from the technological rationality in a consumer's society.

Keywords: rational subject, consumption, technology, humanism.

«El pasado define al presente, porque la humanidad todavía no es dueña de su propia historia».

Herbert Marcuse, *Eros y civilización*

INTRODUCCIÓN

Hablar de humanismo y consumo en la obra de Marcuse no determina un purismo conceptual y metodológico: el mismo autor posibilita el diálogo con otras propuestas que, más que entrar en disputa, sirven de referente para contextualizar lo planteado por él.

Puede sonar paradójico y burlesco hablar de humanismo tecnológico, pero, en realidad, la invitación es a pensar si esa forma y concepto, si el imaginario de humanidad y de humano que tradicionalmente nos han mostrado la historia, la biología, la antropología y la química sigue vigente hoy –a comienzos de la segunda década del siglo XXI– y se corresponde con lo pensado. En este sentido, la pretensión que se tiene no es la que hace alusión al humanismo como corriente, escuela o modo de pensamiento: la intención es la de concebir el humanismo como aquella serie de condiciones y características en las cuales la humanidad, desde su aparición en la escena terrestre, ha estado inmersa. Ahora bien, el contexto de lo humano y del humanismo es el heredado del Renacimiento, pensado en términos de utopía desde mediados del siglo XIX y buena parte del XX, y que, a partir de la década de 1990, ha sufrido significativas transformaciones dependiendo del punto de vista desde donde se le mire y se ubique al hombre.

Por estas razones se toman como referentes los planteamientos de Herbert Marcuse, como heredero y continuador de la escuela de la teoría crítica, además de los planteados por José Luis Molinuevo, Terence H. Qualter y Zygmunt Bauman.

DESARROLLO

¿De qué «humano» estamos hablando?

El humano –y el humanismo– descrito en este artículo es el resultado de la sumatoria de unas variables físicoquímicas, aquel que ha desarrollado una razón que, a su vez, determina su capacidad de pensar y posibilita sustentar sus actos. En *Eros y civilización*, Marcuse precisa este desarrollo y el contexto de humano: «El animal hombre llega a ser un ser humano solo por medio de una fundamental transformación de su naturaleza, que afecta no solo las aspiraciones instintivas sino también los 'valores' instintivos, esto es, los principios que gobiernan la realización de estas aspiraciones» (2002, p. 26).

Hablar de los conceptos de *humano* y *humanismo* implica, por lo tanto, reconocer una naturaleza dual en el hombre. El primero lo caracteriza y diferencia de las demás especies animales: fisionomía, composición genética, proceso evolutivo y capacidad de razón. Por su parte, la razón es, probablemente, el componente más distintivo del hombre; mediante ella crea y recrea su entorno, establece realidades, y «bajo el principio de la realidad, el ser humano desarrolla la función de la razón: aprende a ‘probar’ la realidad, a distinguir entre bueno y malo, verdadero y falso, útil y nocivo» (Marcuse, 2002, p. 27). Es el paso del hombre hacia la civilidad, a aquello que lo va a relacionar e identificar con los otros y que lo lleva a pertenecer a una especie: *Homo sapiens*.

Por otro lado, el humanismo reconoce que esta condición es establecida por el nivel de civilidad del hombre, sin desconocer, como lo plantea Marcuse, que «la civilización empieza cuando el objetivo primario –o sea, la satisfacción integral de las necesidades– es efectivamente abandonado» (2002, p. 25). El hombre en su proceso natural es instintivo, básico en su desarrollo y en la manera y grado de apropiación del entorno. El hombre de hoy existe en condiciones y modos de individualidad; en este sentido, «el individuo existe, como quien dice, en dos dimensiones diferentes, caracterizadas por procesos mentales y principios diferentes. La diferencia entre estas dos dimensiones es tanto genética e histórica como estructural» (2002, p. 26). Para este autor, los dos conceptos –*humano* y *humanismo*– pueden ser referenciados como un asunto biohistórico y físico; cada época de la humanidad tiene su historia, y en un momento dado cada humano y su conglomerado tienen las manifestaciones propias de su

tiempo, en especial frente a los desarrollos científicos y tecnológicos.

De manera natural, consciente o inconscientemente, el hombre y la humanidad –como ideal de individuo o de colectividad– han buscado la felicidad y el bienestar; y hoy, a comienzos del siglo XXI, persiguen la comodidad. Con el desarrollo tecnocientífico, el hombre ha ansiado la superación de su limitación cognitiva, la incapacidad de comunicar y realizar sus deseos y pasiones que, según Marcuse, no le permiten a ver la cortina de humo que el sistema de consumo le ha creado.

Podría pensarse que un nivel básico de perversión –no de depravación– es necesario y válido como una condición necesaria para hacerle frente a las adversidades y angustias que se presentan en el día a día. En palabras de Marcuse, «el ámbito de los deseos del hombre y los instrumentos de su gratificación son aumentados incommensurablemente así, y su habilidad para alterar la realidad conscientemente de acuerdo con ‘lo que es útil’ parece prometer la superación gradual de las barreras ajenas a su gratificación» (2002, p. 28). Esta reflexión conduce a una situación problemática: el humano es un ser inacabado, y su naturaleza de deseos, pasiones y estados de ánimo es altamente cambiante, lo que lo convierte un ser insaciable, inestable y permanentemente insatisfecho, condiciones multivariadas que, según este autor, el sistema ha identificado perfectamente para reprimir y aumentar el control sobre la humanidad (Ortega y Gasset 2002; Marcuse 2002).

Por su parte, para José Luis Molinuevo,

[...] si tiene sentido reafirmar el humanismo hoy, no es tanto apelando a viejos discursos idealistas de la dignidad humana como a la situación real de indignidad humana en la que se encuentra la mayor parte de la humanidad. Que los seres humanos se empeñen en establecer un determinismo causal en la indeterminación del nacimiento, tiempo y lugar no deja de ser una muestra de esa indignidad humana (Molinuevo, 2004, p. 175).

Así, si es necesario reformular los conceptos o la concepción de *humano* y *humanismo*, ha llegado entonces la hora de hacerlo. Existe una diáspora de acciones humanas en las cuales no es fácil encontrar un factor común. El hilo conductor evolutivo, que genéticamente posibilitaba identificar y diferenciar al humano de las demás especies, hoy día no es tan así: compartimos estructura genética con otros seres vivos, especialmente mamíferos, aunque estos tengan sus limitaciones comparativas con nosotros. Se habla Diáspora genética, en la medida que la evolución hoy día ya no se presenta de manera natural, ordenada, sistemática. Hoy se interviene –altera– la estructura genética para alcanzar cambios significativos en las especies –incluida el hombre–, todo en aras del progreso y el avance tecnocientífico. Este progreso de la ingeniería genética ha llevado a que el concepto de *humanidad* –de humano– sea reevaluado y revalorado, a tal punto que «la naturaleza ya no acoge en su seno al hombre sino que es un torbellino desquiciado que grita, y de cuyo grito insoportable se hace eco el hombre tapándose los oídos. Pero esa catástrofe es la que él mismo ha propiciado» (Molinuevo, 2004, p. 83).

El hombre es pues víctima de su propio invento; el desarrollo, como lo ha pensado y llevado a cabo, puede acabar con la existencia de la humanidad en un tiempo no muy lejano. En condiciones de racionalidad tecnológica, el hombre, desde tiempos primitivos, desarrolla tecnología, pero ha olvidado pensar sobre el cómo, el por qué y el para qué de ella en términos de su uso y consumo; el ser humano de hoy es un «náufrago que tiene que ser, hacerse a sí mismo, construirse una identidad, es decir, una tradición, no para ser arrastrado por ella, sino para ser tradición de sí mismo» (Molinuevo, 2004: 230).

DESHUMANIZACIÓN TECNOLÓGICA

Según Molinuevo, «la deshumanización se refiere más bien a cómo el hombre está, no a cómo es o debe ser. Y se concreta en que es deshumanizadora la situación en la que el ser humano, al estar oprimido sufriendo la injusticia, no puede ejercer sus derechos y obligaciones como individuo» (2004, p. 176). Este proceso, que comenzó a forjarse con el desarrollo científico y tecnológico de finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando se creía tener superados los limitantes científicos y tecnológicos para dar respuesta a los interrogantes presentados desde tiempos antiguos, aumentó la posibilidad y capacidad de destrucción de la humanidad.

A partir de la Revolución Industrial se inició para el hombre un desalojo de todos sus ámbitos y acciones naturales, por causa de la ciencia y la tecnología. El desarrollo científico y tecnológico, que en aquellos tiempos se veía como la superación de la condición de debilidad del hombre, hoy es puesto en duda. Para nadie es extraño ver que la calidad de vida, el bienestar y desarrollo social y económico actuales se sustentan en situaciones de inequidad, desigualdad e injusticia para una buena parte de los habitantes del planeta.

Así, esta idea demanda hoy un humanismo tecnológico cuya «premisa no es el ideal de la dignidad del ser humano sino el presente de su dignidad, del sufrimiento que causan o toleran unos seres humanos a otros, injusta e innecesariamente» (Molinuevo, 2004, p. 175). Ese humanismo tecnológico implica desarrollar nuevas condiciones y medios que posibiliten la interacción –uso y consumo– de tecnología en todos los ámbitos del hombre, sin que dicha interacción dé lugar a la extinción de la especie humana o una mutación tecno-human de la misma. Si la ciencia y la tecnología son desarrolladas por el hombre, él mismo es el causante de su condición de masa, cosa, de la pérdida o negación de la racionalidad

tecnológica. El hombre es el que crea los sistemas de producción y establece reglas de juego inequitativas, en condiciones de desigualdad y bajo el velo traslapado de la justicia: «No son las tecnologías las causantes de la deshumanización, sino los individuos deshumanizados. La deshumanización social, económica, cultural es la causa de la deshumanización tecnológica y no al revés» (2004, p. 168).

La falacia del desarrollo económico y la globalización cultural y política han aumentado la brecha entre los humanos de «élite», los «iguales» y los «miserables». La utopía planteada a mediados del siglo XIX carece actualmente de seguidores, se ha desvirtuado y no se identifica con la realidad del mundo actual. ¿Acaso nos hemos dejado convencer de su fracaso? Y en ese sentido, ¿nos hemos “comido el cuento” de que el desarrollo económico y político es para unos pocos, y que a los demás, la masa, no les queda más que recoger migajas, ser cosa, objeto útil para el sistema de consumo?

Es necesario reconocer que, frente a la deshumanización, hoy somos la herencia del pasado, y que de lo realizado o no somos una sumatoria de acciones positivas o negativas. En estos pocos años transcurridos del siglo XXI sabemos muy bien que el siglo XX «nos ha legado unos excedentes culturales a los que todavía se acude cuando se plantea la vigencia o no del humanismo en las actuales sociedades tecnológicas» (Molinuevo, 2004, p. 45).

Ese legado se ha convertido para el hombre actual en una carga más pesada que la soportada por Atlas mismo. El mundo que se le ofrece al ser humano de nuestros días es efímero, pleno de reconocimientos de su mortalidad –ante los intentos fallidos por tratar de vencerla– y del

desvanecimiento de su corporeidad. Sus acciones son atravesadas y manipuladas por las tecnologías, en especial las de la información y comunicación, desarrolladas por los artífices del capitalismo, que lo han sumergido en la ola del consumismo. Este sistema le crea sueños y necesidades, desmonta sus ideales y lo incita a sentirse angustiado e infeliz si no consume: «Es el humanismo del individuo, mortal, efímero, base de un humanismo tecnológico que extrae una nueva dignidad de su miseria» (Molinuevo, 2004, p. 179). El hombre de hoy, haciendo uso de la tecnología y los espacios de interacción que la posibilita, se oculta en una máscara; y se ha acostumbrado tanto a estar entre máscaras que ya no se reconoce a sí mismo como individuo, pues ha perdido la imagen original –extraviada tiempo atrás–, su identidad e individualidad.

Los principios de identificación real de las necesidades de progreso y desarrollo han dado lugar a un estado de masificación y cosificación, alienación y pérdida de identidad, y sentido por lo colectivo y lo común. Para Marcuse, el hombre actual vive en una condición extrema de represión y censura; sus estados de ánimo son manipulados por los medios de comunicación y los canales publicitarios, situación que, irónicamente, él hombre mismo reclama; sin esos sistemas no se encuentra a sí mismo ni tiene posibilidades de acción. Incluso en las culturas antiguas, en las condiciones más precarias, el aparato represor ha sido exigido por el hombre, en una especie de simbiosis entre represor y reprimidos; y si existe el primero, existen los segundos.

La represión es un fenómeno histórico. La efectiva subyugación de los instintos a los controles represivos es impuesta no por la naturaleza, sino por el hombre. El padre original, como arquetipo de la dominación, inicia la reacción en cadena de esclavitud, rebelión y dominación forzada que marca la historia de la civilización. Pero siempre, desde la primera restauración prehistórica de la dominación que sigue a la primera rebelión, la represión desde afuera ha sido sostenida por la represión desde adentro; el individuo sin libertad introyecta a sus dominadores y sus mandatarios dentro de su propio aparato mental (Marcuse, 2002, p. 29).

Para Marcuse, desde la racionalidad instrumental, ya no se trata solamente de una alienación colectiva sino también individual. Al hombre, los organismos de control instrumental también lo han condensado a su individualidad, en tanto se la venden como la única opción o en el mejor de los casos, la mejor opción. Ahora bien, es precisamente esto lo que critica la racionalidad tecnológica: el grado y condición al que los organismos de control amparados en una racionalidad instrumental han llevado al hombre. Al parecer, el hombre, en el plano del conocimiento, tal como lo propone la racionalidad tecnológica, se siente a gusto permitiendo que el sistema de producción, los medios de comunicación, la publicidad y, en general, la sociedad industrializada de consumo decidan por él y le crean —y «satisfagan»— necesidades.

Las tecnologías son, en buena parte de sus manifestaciones, ensayos de una creación continuada. Las imágenes del dedo humano en la creación digital enlazan con el divino de la Capilla Sixtina pintado por Miguel Ángel. Son imágenes de una gran fuerza icónica: Dios se prolonga en el hombre y este en las tecnologías. La creación de seres artificiales a su imagen y semejanza ha sido una obsesión desde los autómatas en las fases primeras de la técnica hasta los sofisticados replicantes, ya que en las biotecnologías se pone de manifiesto que la figura humana no es el modelo anatómico más apropiado de la perfección técnica (Molinuovo, 2004, p. 19).

Las tecnologías tienen origen humano. Pero estas, siendo instrumentos de dominio, no implican que el hombre controle todo con ellas... ni que las controle. Tampoco que sus acciones tengan las consecuencias adecuadas a sus propósitos. Las tecnologías, vistas parcialmente desde la racionalidad instrumental son meros organismo de control, en tanto que limitan las condiciones de libertad del hombre en todas sus dimensiones, de ahí que los estudios CTS propendan por identificar, caracterizar, evaluar las condiciones de desarrollo tecnocientífico en todas sus dimensiones y proponer las condiciones y generar las posibilidades para que el impacto sea menos negativo, se

adquiera una mayor conciencia global (responsabilidad ambiental, ética, política, económica, etc) sobre dicho desarrollo. Ahora, si la ciencia y la tecnología son un avance de la humanidad, no es lícito atribuir la responsabilidad a la ciencia y la tecnología en sí mismas, la responsabilidad es de humanos.

CONDICIÓN HUMANA Y TECNOLOGÍA EN EL PENSAMIENTO DE MARCUSE

La condición humana de hoy es la condición de la máquina; es ella la que posibilita y determina el accionar de la humanidad. La máquina ha enceguecido al hombre, y este, como lo dice Platón en el mito de la caverna, no se ha percatado de su oscuridad; es más: parece estar muy complacido con ella. La máquina se ha convertido en el instrumento que media entre los humanos y posibilita los espacios de sociabilidad: «Las relaciones entre los hombres están cada vez mediadas por los procesos de la máquina. Pero los artefactos mecánicos que facilitan la interacción entre individuos también interceptan y absorben su libido, desviándolo así del peligroso reino en el cual el individuo está libre de la sociedad» (Marcuse, 2001, p. 62).

Así, con la máquina mediando en todas las acciones del hombre, no solo se asiste a una «sociedad de la máscara» sino que se reivindica el yo absoluto, la individualidad anárquica, el Narciso mezquino que quiebra el espejo y enturbia el agua para que los otros no contemplen la realidad de la que él es artífice. Frente a la represión que ejerce la máquina sobre la humanidad, Marcuse sostiene:

Al manipular la máquina, el hombre aprende que la obediencia a las instrucciones es la única manera de obtener los resultados deseados. Arreglárselas bien equivale a estar ajustado al aparato. No hay campo para la autonomía. La racionalidad individualista se ha convertido en una sumisión eficiente al continuo de medios y fines dados con anterioridad. Esto absorbe los esfuerzos liberadores del pensamiento, y las diversas funciones de la razón convergen en el mantenimiento incondicional del aparato (Marcuse, 2001, p. 61).

De igual forma, vemos cómo esa frustración de Narciso que se avizora hoy no es más que un juego de egos donde solo tienen cabida aquellos pertenecientes a una élite de consumo, individuos con suficiente capacidad económica y conocimiento sobre el qué, el cómo y el para qué de la tecnología. Aunque para cualquier ciudadano de a pie estas condiciones son óptimas, Marcuse anota:

El ego debe llegar a ser libre, pero si el mundo tiene el ‘carácter de la negación’, la libertad del ego depende de ser ‘reconocido’, ‘aceptado’ como el amo –y tal reconocimiento solo puede ser otorgado por otro ego, otro sujeto autoconsciente–. Los objetos no están vivos; el triunfo sobre su resistencia no puede satisfacer o ‘probar’ el poder del ego: la autoconsciencia puede alcanzar su satisfacción solo en otra autoconsciencia. La actitud agresiva con respecto al mundo de los objetos, la dominación de la naturaleza, aspira así, finalmente, a la dominación del hombre por el hombre. Es agresividad hacia los otros sujetos (Marcuse, 2002, p. 112-113).

Agrega el mismo autor que la condición humana está representada en el contexto de la explotación y el sometimiento que establece el sistema económico y de producción y los grupos globales de poder político y económico: «El poder tecnológico tiende a la concentración del poder económico» (2001, p. 57). La condición de reprimido permanente –la imagen del ser humano desde hace más de sesenta años–, si bien reclama esa represión, lo hace por la falacia que la ciencia y la tecnología, al servicio de los sistemas de explotación, le han creado, en la medida en que es él el que hace ciencia y desarrolla tecnología: «Nos preguntamos por la influencia y el efecto de la tecnología sobre los individuos humanos, pues estos son de por sí arte y parte de la tecnología, no solo como personas que inventan o atienden la maquinaria, sino como grupos sociales que dirigen su aplicación y empleo» (2001, p. 53).

El hombre es juez y parte frente a la ciencia y la tecnología, y, en esa dualidad, artífice de su destrucción. Luego de su fascinación por los avances científicos y tecnológicos en

las primeras décadas del siglo XX, hoy se cuestiona por las consecuencias del desarrollo de la tecnociencia. En la actualidad se les reclama a los hombres de ciencia, al igual que a todo aquel que usa y consume tecnología, que asuman una responsabilidad social y un compromiso ético y político frente a aquella: ¿dónde ha quedado su capacidad de razón?, ¿dónde los ideales de un razón ilustrada? «A los individuos se los despoja de su individualidad, no por obligación externa sino por medio de la misma racionalidad bajo la cual viven» (Marcuse, 2001, p. 63).

Los ideales de la modernidad que caracterizaron la Ilustración implicaban libertad, voluntad y autonomía, aspectos que, al parecer, en las personas que hacen ciencia y producen y consumen tecnología han pasado de ser un modelo relegado a meros conceptos, a letra muerta.

Al individuo, como ser racional, se lo consideraba capaz de hallar estas formas por medio de su propio pensamiento, y, una vez adquirida la libertad de pensamiento, se lo creía capaz de buscar el curso de acción que las convertiría en realidades. La tarea de la sociedad era garantizarle esa libertad y retirar las restricciones que impedían su curso racional de acción (Marcuse, 2001, p. 55).

Hoy, la racionalidad tecnológica es estudiada y utilizada por el modelo capitalista –sistemas de producción y consumo como racionalidad instrumental, con miras a generar nuevas necesidades de consumo: segmenta el mercado, personaliza productos y servicios, y toma al hombre como cosa, como un objeto más de uso y consumo. La racionalidad tecnológica del sistema explora y explota lo subjetivo del hombre, sus sentimientos, afectos y pasiones, sobre esto alude Marcuse cuando expresa que: «La racionalización tecnológica [*racionalidad instrumental como se ha planteado en líneas anteriores*] ha creado un marco común de experiencias para las diversas profesiones y ocupaciones, que excluye o restringe aquellos elementos que trascienden el control técnico sobre las cuestiones de hecho, extendiendo así el alcance de la racionalización

del mundo objetivo al subjetivo» (Marcuse, 2001, p. 73). Es la visión de un ser humano reprimido en exceso y represivo, inconstante e insaciable, que lo incita a reclamar situaciones extremas y a querer hacer realidad sus más oscuras perversiones. La racionalidad tecnológica, como modelo teórico y herramienta metodológica para realizar una toma de decisiones objetiva, adecuada a condiciones de racionalidad tecnológica, es requerida para superar las situaciones de control y dominio imperante en la racionalidad instrumental.

El desarrollo tecnológico del hombre se produjo de manera natural a través de la apropiación de los elementos de su entorno que lo acompañaban en las labores diarias. Con el tiempo, sus acciones individuales sufrieron una «tecnologización» como consecuencia de la técnica –*hacer*– y la tecnología –*fabricar*–; esta última alcanzó su máximo desarrollo a finales del siglo XIX, y, junto con el desarrollo científico, no ha detenido su marcha.

Marcuse define el concepto de *tecnología* así:

[...] como modo de producción, como la totalidad de los instrumentos, mecanismos y aparatos que caracterizan la edad de la máquina, es así al mismo tiempo un modo de organizar y perpetuar (o cambiar) las relaciones sociales, manifestación del pensamiento prevaleciente y de los modelos de comportamiento, instrumento para el control y la dominación (Marcuse, 2001, p. 53-54).

Del mismo modo, la tecnología actual es una construcción social. Y en términos de su uso y consumo, la incapacidad de construcción colectiva de la tecnología es otra de las falacias que el sistema de producción y consumo genera y vende para perpetuarse como sistema de control: «La necesidad, madre de los inventos, es, en gran medida, la necesidad de mantener y expandir el aparato. Los inventos [...] son más que todo de naturaleza competitiva» (Marcuse, 2001, p. 61). Y se habla de la ventaja y de cómo

cualquier industria productora que sea pionera de un invento llevará necesariamente la delantera sobre los demás competidores. Las industrias se disputan, teniendo como estrategia la racionalidad instrumental, el mercado de usuarios y consumidores de tecnología.

Ahora bien, ante esta lucha abierta de los productores de tecnología, un análisis de racionalidad tecnológica muestra que quien sale mal librado en un primer momento es el consumidor final, es decir, aquel que no tiene las condiciones económicas –como variable determinante de racionalidad tecnológica– para adquirir la tecnología. Se evidencia así un desequilibrio entre las élites productoras y de consumo frente al consumidor de a pie, que a duras penas tiene la posibilidad de saber de manera oportuna sobre la aparición en el mercado de un tecnología *x, y o z*.

Insistiendo en la tesis de que las acciones del hombre en todos sus ámbitos están atravesadas por la tecnociencia, es evidente que desarrollar tecnología es algo que siempre le ha llamado la atención, y, en igual sentido, ha ampliado su capacidad de razonar. Marcuse plantea que la tecnología debe aceptarse «como un proceso social en el cual la técnica propiamente dicha –o sea, los aparatos técnicos de la industria, el transporte, las comunicaciones– son solo un factor parcial» (2001, p. 53). Para la humanidad, la tecnología debe ser un medio, no un fin. La máquina, según la concepción tradicional, debe estar al servicio del hombre y no al contrario; ¿o acaso se asiste hoy a una nueva especie de humano? Y si se acepta como nueva especie, ya no se puede hablar de «especie humana» sino de otra, con la que la primera tendría que luchar por los recursos e intentar reprimirla; una especie para la que los sistemas de producción económica y los grupos de poder ya piensan en las necesidades que le van a crear y en cómo «acondicionarla»; una especie que todavía no está definida, que está en evolución, pero sobre la que ya piensan cómo cosificarla.

APRECIACIONES FINALES

En su historia evolutiva, el hombre ha desarrollado y experimentado diversas formas de dominación. En términos de supremacía, la humanidad ha estado en férrea lucha por superar el poder de la naturaleza, y como producto de esa lucha tiene hoy un conocimiento y dominio parciales de los fenómenos naturales y de los lugares y condiciones más favorables para su desarrollo. Con la Revolución Industrial, las formas de la dominación del hombre hacia los hombres y la naturaleza han cambiado: «La gente ha sido coordinada y reconciliada con el sistema de dominación hasta un grado imprecedented» (Marcuse, 2002, p. 9).

Marcuse pone en evidencia el grado de represión a la que se ha habituado el hombre, una alienación y un «aconductamiento» presentes en todos los grupos humanos, que se evidencian hoy en las élites de consumo. Lo significativo de esta situación es que se supone que ellas son las que tienen mayores posibilidades y condiciones de racionalidad tecnológica, esto es, son los *sujetos de racionalidad tecnológica* de las sociedades industrializadas y altamente capitalistas, para los cuales el consumo es una cuestión de moda.

La satisfacción que genera el hecho de comprar es el máximo de placer experimentado en las sociedades de hoy. Comprar, pertenecer a la masa de consumo da estatus, reconocimiento. La sociedad de hoy se divide en clases y subclases según los productos y servicios que consuman y los lugares que frecuenten. Hoy en día importan el qué, el cómo, el dónde, el cuándo y el con quién se consume; importa ser el primero en adquirir el producto. «Es verdad que la masa `une', pero lo hace con los sujetos atómicos de autopreservación a los que les es indiferente cuando trasciende sus intereses e impulsos egoístas. La muchedumbre es, así, antítesis de la `comunidad' y la realización pervertida de la individualidad» (Marcuse,

2001, p. 70). El sistema de consumo hace alarde de una racionalidad tecnológica para fomentar la fragmentación de la sociedad. En el consumo no hay identidad con el otro como sujeto: solo con el sistema.

Es claro entonces que «en una cultura de consumo esta pertenencia se expresa por medio de posesiones materiales. Se reconoce a los individuos, se los clasifica y se les asigna a un estatus principalmente por qué y cómo consumen. Los grupos demuestran su identidad utilizando objetos similares, similarmente etiquetados» (Qualter, 1994, p. 62). Hay una homogenización del consumo; solo se nos permite consumir según la necesidad creada por el sistema. Como oleadas de moda, la tecnología, la ropa y los artículos de consumo aparecen, se usan y se desechan para darle paso en el menor tiempo posible a la nueva generación de objetos.

La masificación impuesta por el sistema de consumo no da lugar a la racionalidad del sujeto frente a la acelerada producción tecnológica. La individualidad como condición del sujeto racional frente al uso y consumo de tecnología se ha perdido. No hay identidad ni reconocimiento con lo que se consume. El hombre de hoy es multitud; en palabras de Marcuse es muchedumbre, y «la muchedumbre es una asociación de individuos a los que se los ha despojado de todas las distinciones personales y `naturales' y reducidas a la expresión homogeneizante de su individualidad abstracta, o sea, a la búsqueda del interés propio» (2001, p. 69-70). Frente al uso y consumo de productos y servicios, y «como miembro de una muchedumbre, el hombre se ha convertido en el sujeto homogeneizado de la preservación personal bruta. En la

muchedumbre, las restricciones que la sociedad impone a la búsqueda competitiva del interés propio tienden a volverse ineficaces, y con gran facilidad se desatan los impulsos agresivos» (2001, p. 70).

Con respecto a esa concepción natural de humano y el acelerado desarrollo científico y tecnológico, así como frente al facilismo que sostiene el hombre actual frente a la máquina, es evidente que «lo que está en juego es la idea de una nueva antropología, y no solo en cuanto teoría sino también como modo de existencia: la génesis y el desarrollo de necesidades vitales de libertad. De una libertad que no se funde en la escasez y en la necesidad del trabajo alienado, ni encuentre en una y en otro sus límites» (Marcuse, 1986, p. 11). El pensar y materializar esta nueva antropología debe constituirse en el proyecto del siglo XXI, el cual debe ser desarrollado de manera sistémica, con visión holística y sustentado en un trabajo transdisciplinar.

Otro aspecto que se denota en los referentes de Marcuse es sobre lo erótico, aspecto por demás explorado y explotado por los sistemas de control, dominio y consumo. Lo erótico como aprovechamiento comercial se ha convertido, en las sociedades industriales –desarrolladas o no–, en el exhibidor comercial más explotado por el sistema de consumo y la estrategia publicitaria más efectiva y rentable de todos los tiempos. La sexualidad como condición natural de toda especie viva, en especial del hombre, es hoy una herramienta más para generar consumo; en la publicidad erótica se manipulan las pasiones y se especula sobre los sentimientos:

También en este proceso la sexualidad se extiende sobre dimensiones y relaciones antiguamente prohibidas. Sin embargo, en lugar de recrear estas dimensiones y relaciones de acuerdo con la imagen del principio del placer, la tendencia opuesta se afirma: el principio de la realidad extiende su brazo sobre Eros. La más clara ilustración de este hecho nos la proporciona la metódica introducción de la sexualidad en los negocios, la política, la propaganda, etc. El grado en que la sexualidad alcanza

un definitivo valor en las ventas o llega a ser un signo de prestigio y de que se respetan las reglas del juego, determina su transformación en un instrumento de cohesión social (Marcuse, 2002, p. 11).

Hoy en el sexo, todo artefacto sexual, toda condición sexual se traduce en elemento de producción y consumo. La industria sexual trasgrede los límites de la condición y la dignidad humana. Aquel ideal de desarrollo humano, basado en el desarrollo de su sexualidad es materia olvidada. Hoy el ser humano se comporta como máquina que no explora las sensaciones, olores y sabores que afloran con su sexualidad y en momentos de sexo. El desarrollo tecnológico, representado en la realidad virtual –sexo virtual-, trata de simular sensaciones, olores, sabores, ambientes, con un muy buen nivel de cercanía a la realidad creando nuevas sensaciones y necesidades que escapan a la condición y naturaleza humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. (2009). *Vida de consumo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marcuse, H. (2001). Algunas implicaciones sociales de la tecnología moderna. En *Guerra, tecnología y fascismo* (Capítulo 1, pp. 53-86). Medellín: Universidad de Antioquia, Fundación Editora de UNESP.
- Marcuse, H. (1986). El final de la utopía. En *El final de la utopía*. Barcelona: Ariel.
- Marcuse, H. (1986). El problema de la violencia en la oposición. En *El final de la utopía*. Barcelona: Ariel.
- Marcuse, H. (2002). *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- Molinuevo, J. L. (2004). *Humanismo y nuevas tecnologías*. Madrid: Alianza Editorial Ensayo.
- Qualter, T. H. (1994). *Publicidad y democracia en la sociedad de masas*. Barcelona: Paidós.